

XIII

El espolazo

Carlos Abelle huyó lleno de espanto. No había calculado las consecuencias de su hazaña. Ni aun se le ocurrió pensar en lo que encerraba de miserable.

Había obedecido á aquel odioso amor al oro que le inspiraba su amor por la antigua doncella de Lucía.

Así es que, al huir, como mirara su acción frente á frente, como sintiera aún la terrible mirada de Lucía, tiró el reloj sobre un canapé y se precipitó, medio demente, fuera del hotel.

Al salir tropezó con Eugenio Deschamps.

Lucía había escrito la víspera á su primer amante para que fuera á despedirse de ella. Parecíale que Deschamps la llevaría un hálito de juventud.

Quería, por otra parte, darle un recuerdo si moría.

—¿Qué diablos tiene éste?—murmuró el pintor, al ver de aquel modo á Abelle.

Desde hacía mucho tiempo, esperaba una ocasión para decirle lo que de él pensaba; lo hizo de la manera más elocuentísima, levantando la mano como para pegarle un bofetón.

Carlos Abelle no se sintió indignado. Huyó aun más velozmente.

—¡Bueno! ¡Lo celebro!—dijo Eugenio Deschamps entrando en el vestíbulo.

Observó que en la casa reinaba gran desorden.

El amante oficial de Lucía no había sido el único en buscar botín.

El joven pintor no encontró allí alma viviente.

No creía á la joven tan enferma. Llamó á la puerta de la alcoba, aun cuando aquélla se hallara entornada.

Pasando de la viva luz á aquella semioscuridad, no vió al pronto sino negrura.

Poco á poco entrevió á Lucía agonizando á los pies de la cama. Se acercó á ella con un violento latido del corazón.

—¡Pobre joven!—dijo, viéndola en su último suspiro, ya blanca como la muerte.

Cogióle la mano, una mano helada.

—¡Lucía! ¡Lucía!—gritó, como si temiera no ser oído.

Lucía se ahogaba.

Le miró con ojos extraviados.

Y le rechazó al pronto, creyendo era Carlos Abelle.

—¡Lucía! ¡Lucía!—volvió á gritar Eugenio.

La ex comediante alzó la cabeza.

—¡Ah! ¡Eres tú!—murmuró, tratando de sonreír.

Le cogió la mano y atrájole hacia sí.

—¡Luego Dios me ha perdonado!—exclamó, buscando las palabras.

Fué menester aquella visita inesperada para que hiciese por vivir unos instantes más.

—¡Luego Dios me ha perdonado!—repitió.—Esperaba un sacerdote, á fin de no morir como un perro; mas tú rezarás por mí. ¡Ah! ¡Si supieras cómo te he amado! Dame aquel crucifijo.

Eugenio Deschamps tomó la imagen, que ofreció á los blancos labios de Lucía.

—¡Cuán bueno es amar á Dios!—dijo, juntando las manos.

Y, después de una pausa,
—Si tú hubieras querido, no habría yo sido la última de las mujeres. Hubiese vivido contigo, sirviéndote como una criada. Tú me condenaste á vivir y á morir como una mala hembra.

Eugenio Deschamps alzaba á Lucía entre sus brazos. Aun cuando tuviera la costumbre de no tomar nada en serio, dejó caer dos lágrimas sobre las manos de su querida.

Ésta sonrió amargamente.

—Sí, sí,—murmuró.—Vivirás por mí ahora que yo estoy muerta.

Y fueron éstas sus últimas palabras. Aquella sacudida la había rematado.

En vano la abrazó, en vano la habló Eugenio: su alma había huido.

—La verdad es, —dijo,—que bastaría un poco de amor para impedir que todas estas jóvenes fueran unas pérdidas; pero sería preciso encontrarlas y amarlas antes de que lo fueran.

Su bello escepticismo volvió á sus labios; despidióse de la muerta después de haber llamado á la doncella, y, por toda oración fúnebre, cuando hubo traspasado los umbrales del hotel de Lucía, púsose á cantar á media voz *La vuelta al mundo*, el vals que había bailado con Lucía la noche de su primer encuentro en el Elíseo Montmartre.

FIN

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

	Págs.
I.—Lo que cuesta un ramillete de cien sueldos.	5
II.—Retrato de Lucía.. . . .	13
III.—Un padre romano.	23
IV.—Noche de fiebre, día de fiebre.. . . .	26
V.—Del dinero al amor.	31
VI.—Una joven casadera.	36
VII.—La señorita Lucía rompe en sollozos.	41
VIII.—La lluvia de oro.	47
IX.—La familia.	49
X.—La vida privada está murada.	55
XI.—Las locuras de una butaca de orquesta.	58
XII.—El tren de placer.. . . .	66
XIII.—El testamento.. . . .	70
XIV.—El amor y la conciencia.. . . .	74
XV.—La tocadora de harpa.	76
XVI.—Del peligro de escribir cartas.	83
XVII.—En el que se ve que hay plumadas que son estocadas.	93
XVIII.—El marco negro de la dicha.	103
XIX.—El abismo rosado.	105
XX.—La decadencia del amor.	113
XXI.—La fiesta bajo el ciprés.	118
XXII.—El espectro del banquete.	121

LIBRO SEGUNDO

I.—¿Qué es la dicha?	131
II.—Por qué las cortesanas no tienen hijos.	135